

biera podido pasar por imprudencia á no hallarse en una situacion en que casi era inútil el disimulo diplomático. Quejóse Mr. de Bubna de la lentitud con que caminaba la negociacion y de las exigencias de Francia, culpó por lo demas en todo á Mr. de Metternich, quien, según dijo, manejaba mal las conferencias, invocó en seguida la generosidad del vencedor, y repitió el tema ordinario de los austriacos sobre que nada ganaba Napoleon con engrandecer á Sajonia y á Baviera, y apropiarse uno ó dos puertos en el Adriático y que valia mas para él aumentar el poderío de la nueva Polonia, ponerse de acuerdo con Austria, atraérsela, y pensar bien de Mr. de Stadion, que habia abandonado sus ideas de guerra.

Escitado Napoleon por Mr. de Bubna, se dejó llevar, y le descubrió su modo de pensar con una sinceridad tanto mas astuta en el fondo, cuanto que tenia la apariencia de ser hija de un impulso involuntario (1). Teneis razon, le dijo, en que no debemos atenernos á lo que hacen nuestros diplomáticos, los cuales por arreglarse á lo que exige su profesion pierden tiempo, y piden mas de lo que vosotros y yo queremos. Si hay decision para obrar francamente conmigo, podemos terminar el asunto en cuarenta y ocho horas, pues efectivamente es cierto que no tengo gran interés en proporcionar un millon de habitantes mas á Sajonia ó á Baviera. ¿Quereis saber cuál es mi verdadero interés? O

(1) En los archivos imperiales existe mas de un actade esta conversacion, referida por el mismo Napoleon y por Mr. de Bubna.

destruir la monarquía austriaca separando las tres coronas de Austria, Bohemia y Hungria, ó atraerme el Austria por medio de una alianza íntima. Para separar las tres coronas, seria preciso volver á batirnos, y aunque quizá acabaremos por hacerlo, os doy mi palabra de que no lo deseo. El segundo proyecto me convendria; pero ¿cómo puedo esperar de vuestro emperador una alianza íntima? Indudablemente tiene buenas cualidades; pero es débil, se halla dominado por los que le rodean, y se guiará por lo que le diga Mr. de Stadion, quien obrará á instigaciones de su hermano, cuya animosidad y violencia conoce todo el mundo. Hay un medio seguro de labrar la alianza sincera y completamente, medio que yo pagaria, como vais á ver, de un modo espléndido; que abduque el emperador Francisco, y pase la corona á las sienes de su hermano el gran duque de Wurzburg, principe prudente, ilustrado, que me quiere bien y á quien yo quiero, que no abriga ninguna preocupacion contra Francia, y que no se dejaria llevar ni por los Stadion, ni por los ingleses. ¿Sabeis lo que yo haria por esto? Me retiraria al punto, sin pedir ni una provincia, ni un escudo, á pesar de lo mucho que me ha costado esta guerra, y quizá haria mas, quizá devolveria el Tirol, que tan difícil es mantener en manos de Baviera. Empero por brillantes que sean estas condiciones, ¿puedo yo entablar una negociacion de este género, exigiendo el destronamiento de un principe, y la elevacion de otro? No, no puedo.

Al decir esto dirigió Napoleon una mirada penetrante á Mr. de Bubna como interrogándole, y éste se apresuró á responderle, si bien con la cor-

tedad de un súbdito fiel, que el emperador Francisco era tan adicto á su casa que si supiese tal cosa, abdicaria al instante, queriendo mejor asegurar á sus sucesores la integridad del imperio, que la corona en sus propias sienes. Pues bien, contestó Napoleon con marcada incredulidad, si es así, os autorizo á que digais que devuelvo todo el imperio al momento, con alguna cosa mas, si vuestro soberano, que suele manifestar está disgustado de reinar, quiere ceder el trono á su hermano. Los miramientos que se deben entre sí los soberanos me impiden proponer nada sobre este asunto, pero tenedme por comprometido, si llega á realizarse la suposicion que hago. Sin embargo, añadió Napoleon, no creo en ese sacrificio: de consiguiente, no queriendo separar los tres reinos á costa de prolongar las hostilidades, y no pudiendo asegurarme la alianza del Austria por medio de la trasmision de la corona al duque de Wurzburg, me veo obligado á indagar qué interés puedo sacar Francia de esta negociacion, y de hacer que triunfe. Adquirir territorio en Galicia me interesa poco, lo mismo en Bohemia, en Austria algo mas, porque se trata de alejar vuestra frontera de la nuestra; pero lo que es en Italia, tiene Francia un interés grande y verdadero, cual es abrirse ancho camino hacia Turquía por la costa del mar Adriático. La influencia en el Mediterráneo pende de la que se tenga sobre la Puerta, y nunca tendré esta influencia mientras no sea vecino del imperio turco. Con impedirme destruir á los ingleses siempre que iba á conseguirlo, y obligarme á traer mis recursos del Océano al continente, vuestro soberano me ha puesto en el caso de buscar el camino de tierra en vez

de la via marítima, para estender mi influencia hasta Constantinopla. No pienso, pues, en mis aliados, sino en mí, en mi imperio, cuando os pido territorio en Iliria.

Con todo, prosiguió Napoleon, acerquémonos mutuamente para acabar de una vez. Voy á consentir en nuevos sacrificios en favor de vuestro soberano: aun no habia renunciado formalmente al *uti possidetis*, pero renunció á él para siempre; habia reclamado tres círculos en Bohemia, no se volverá á tratar de esto; habia exigido el Austria Alta hasta el Ens, abandono el Ens y hasta el Traun: además restituyó Lintz. Buscaremos una línea, que, devolviéndoos Lintz, no os coloque al pie de los muros de Passau como lo estais hoy. En Italia renunciaré á una parte de la Carintia, conservaré Villach, y os restituiré Clagenfurth; pero me quedaré con la Carniola, y la margen derecha del rio Sava hasta la Bosnia. Os pedia dos millones seiscientos mil súbditos en Alemania; no os pediré ya sino un millon seiscientos mil. Queda la Galicia: allí necesito redondear el gran ducado, hacer algo por mi aliado el emperador de Rusia, y me parece que así vosotros como yo, debemos arreglarnos sobre esto, puesto que no tenemos interés en esos territorios. Si quereis volver dentro de dos dias, terminaremos el asunto en unas cuantas horas, y os devolveré Viena sin demora, mientras que si dejamos obrar á nuestros diplomáticos en Allenburgo, no acabarán nunca, y harán de modo que volvamos á degollarnos.

Terminada esta larga y amistosa conversacion en que Napoleon llevó su familiaridad hasta el estremo de coger y tirar de los bigotes á Mr. de Bub-

na (1), le hizo un regalo soberbio, y le despidió, separándose este de él agradecido, encantado y dispuesto á abogar en Dotis por la causa de la paz, de una paz inmediata, á costa de sacrificios mayores que los que estaban decididos á hacer al principio.

Para ir á Dotis había que volver á pasar por Altenburgo, y Mr. de Bubna que por su profesion era del partido de los militares y no de los diplomáticos, contó en aquella poblacion lo que se habia hablado concerniente á las dos legaciones, y las chanzonetas de Napoleon respecto á una y otra, lo cual affligió á la legacion austriaca, y persuadió mas y mas á los personajes que estaban en Dotis que era preciso pasarse sin diplomáticos, y continuar valiéndose de la mediacion de militares.

Mr. de Bubna se empeñó en tranquilizar al emperador Francisco acerca de las intenciones de Napoleon y del deseo que abrigaba de evacuar el Austria, particularmente Viena, asi que se firmara la paz. Le habló de lo que concernia á un cambio de reinado con los miramientos que exigia semejante proposicion, y como de una oferta poco seria, á la cual no debia darse importancia. En cuanto á las nuevas condiciones obtenidas de Napoleon, no le fué fácil hacer las acogieran bien, porque la legacion de Altenburgo se esforzaba en mostrarlas como desastrosas, y por otra parte alimentado el emperador Francisco por los que le rodeaban con

(1) Esta circunstancia familiar, indigna de la historia si no pintara el carácter de Napoleon y su conversacion mezclada de astucia, atraccion y halago, la cuenta el mismo Mr. de Bubna.

continuas ilusiones, no podia figurarse fuese preciso para tener paz abandonar todavía sus mejores provincias, especialmente los puertos del Adriático, único punto por el que tocaba con el mar el territorio austriaco. Ese principe habíase acostumbrado á la idea que con Salzburgo, esto es, la parte de Galicia desmembrada de Polonia mas recientemente, podria solventar los gastos de la guerra, y que á lo sumo seria preciso añadir á ello algun dinero: habíase acostumbrado de tal suerte, decimos, á la idea que este seria el peor sacrificio que no podia apreciar mucho lo que le llevaba Mr. de Bubna. Era indispensable con todo tomar un partido, ceder ó combatir, y se resolvió que Mr. de Bubna regresara á donde se hallaba Napoleon, con otra carta del emperador de Austria, á fin de darle las gracias por sus pacificas disposiciones, pero diciéndole que casi eran nulas las concesiones que hacia, y pidiéndole otras con el objeto de que fuese posible la paz.

El 13 de setiembre fué cuando Mr. de Bubna regresó á Dotis, y el 21 estaba de vuelta en Schœnbrunn con la nueva carta del emperador Francisco. Cuando la recibió Napoleon, sintió un vivo impulso de impaciencia, se enfureció contra los que pintaban al emperador Francisco el estado de las cosas de un modo tan inexacto, y dijo que ni el uno ni los otros sabian siquiera la geografia de Austria. «¡No habia renunciado todavía, exclamó, a la base del *uti possidetis*, y renuncié porque lo deseaba asi vuestro emperador! ¡Habia reclamado cuatrocientas mil almas de poblacion en Bohemia, y he cesado de exigir las! ¡Quería ochocientas mil en el Austria Alta y me contento con cuatrocientas mill

¡Había pedido un millon cuatrocientas mil en la Carintia y la Carniola, y abandono Clagenfurth, ó lo que es lo mismo doscientas mil! ¡Resituyo, pues, á vuestro soberano un millon de súbditos, y dice que nada le he concedido! ¡No conservo sino lo que necesito para alejar al enemigo de Passau y del Inn, lo que me hace falta para establecer una contigüidad de territorio entre Italia y Dalmacia, y, sin embargo, le aseguran que no me ha separado de ninguna de mis pretensiones! Así es como se pintan las cosas al emperador Francisco, y se le ilustra acerca de mis intenciones. ¡Con engañarle de este modo, se le ha conducido á la guerra, y se le traerá definitivamente á su perdición!»

Napoleon detuvo á su lado á Mr. de Bubna hasta muy tarde, y bajo el imperio de lo que sentía, dictó una carta muy agria para el emperador de Austria. Sin embargo, luego que se calmó, se abstuvo de entregarla á Mr. de Bubna (1), hacien-

(1) He aqui una carta para Mr. Maret, que espresa perfectamente lo que en él pasó sobre este asunto.

«Schœnbrunn, 23 de setiembre de 1809.

«Adjunta hallareis mi respuesta al emperador, que entregareis al general Bubna. Os envío la copia, para que la leais, diciéndole que al principio escribí una carta de tres páginas, pero por si contenia cosas que disgustasen al emperador, he salido del paso tomando el partido de no escribirle. Efectivamente, no es propio de mi dignidad escribir á un príncipe que no sabe lo que se dice, y esto es lo que me veia obligado á manifestarle, pues su carta se funda en una falsedad.

NAPOLÉON.»

do la observacion que unos soberanos no debian escribirse para injuriarse, acusándose de *no saber lo que se decian*. Mandó llamar á Mr. de Bubna, repitió en su presencia lo que ya habia dicho la vispera, y volvió á declarar que las proposiciones hechas eran su ultimatum, que fuera de ellas estaba la guerra, que la estacion avanzaba, que quería entrar en campaña el otoño, y que de consiguiente se apresuraran á contestarle ó rompía la tregua. Añadió que en el primer momento habia escrito una carta que no hubiera sido muy grata al emperador, que se decidia á no enviarla por no ofender á este monarca; pero que encargaba á Mr. de Bubna refiriese en Dotis cuanto habia oido y volviese lo mas pronto posible con una contestacion definitiva.

Empero lo que no quiso escribir directamente al emperador, mandó decirlo á los negociadores en Altenburgo, dirigiéndoles por conducto de Mr. de Champagny una nota vehementísima, en que exhalaba todos los sentimientos que creyó no debia manifestar al mismo emperador (1).

(1) Cito esta nota porque espresa completísimamente el estado de la negociacion.

A Mr. de Champagny.

«Schœnbrunn, 22 de setiembre de 1809.
Al medio dia.

«He recibido vuestra carta del 21, con el protocolo de la sesion del mismo dia, y me parece que vuestra respuesta no tiene el carácter de superioridad que debe tener todo lo que sale de nosotros. Quédense para ellos las ma-

Esta controversia le hizo variar enteramente, y aunque no creía valiesen la pena de apelar á una nueva guerra unas cuantas leguas de territorio y unos cuantos miles de súbditos, que era lo que se disputaba, no desechaba de la imaginacion

chaqueras y las patochadas. Además, vuestra contestacion no llena mis fines, por lo cual es preciso estender otra en los términos que espresa la adjunta nota.

«P. S. Como esa nota va segun la he ido dictando, y sin linfar, tiene mucho que arreglar tocante al estilo: cuidad vos de ello.

NAPOLEON.»

NOTA.

«El que abajo firma ha trasmitido á su soberano el emperador el protocolo de la sesion del 21, recibiendo la siguiente respuesta á las observaciones de los plenipotenciarios austriacos.

«Las bases que contiene el protocolo del... son el ultimatum del emperador, del cual no puede separarse. Con poner en la frontera de Inn y en la de Italia el un millon seiscientas mil almas, creia su S. M. hacer una cosa grata para el Austria, puesto que la dejaba dueña de formar ella misma los recortes, consultando las localidades y la conveniencia; pero es de un carácter tan particular la negociacion, que todo cuanto se hace en sentido ventajoso para el Austria y con el fin de disminuir las cargas que se le piden, se considera en sentido inverso, bien porque los plenipotenciarios austriacos no quieren reflexionar sobre ello, bien porque se hayan propuesto aferrarse en todo cuanto pueda contrariar la marcha de la negociacion.

«Asi, pues, S. M. ha hecho una cosa mas ventajosa para el Austria con pedir un millon seiscientas mil almas en la frontera del Inn y en la de Italia, dejando el clasificarlo á gusto de los plenipotenciarios austriacos, que si, marcando ella misma los limites de este millon seis-

la idea de que la corte de Austria obraba con mala voluntad, é iba renaciendo en él poco á poco la resolucion de destruir á esta potencia. Efectivamente dió órdenes formales para proseguir las hostilidades. Su ejército habiase aumentado por

cientas mil almas, se hubiese espuesto á perjudicar mas los intereses del Austria.

«Otro aserto no menos singular es sostener los plenipotenciarios austriacos que apenas contienen un millon seiscientas mil habitantes Salzburgo, el Austria Alta, la Carintia, la Carniola, el litoral, y la parte de Croacia que está al Sur del rio Sava. Con esta maligna interpretacion se quiere persuadir al emperador Francisco que el emperador no le ha hecho ninguna concesion, y que la confianza que tenia en él es asunto perdido. En esto demuestran su mala voluntad los ministros que dirigen los negocios, pues Salzburgo, el Austria Alta, la Carintia, la Carniola y la Croacia desde el Sava forman una poblacion de dos millones doscientos mil habitantes, y los círculos de Bohemia cuatrocientos mil. De consiguiente, se pidieron dos millones seiscientos mil habitantes, con lo cual no se renunciaba á la base del *uti possidetis*; pero de un golpe ha hecho S. M. inmensas concesiones, ha renunciado á la base del *uti possidetis*, y ha declarado que se contenta con un millon seiscientos mil en vez de dos millones seiscientos mil, concediendo en esto un millon. Además S. M. ha declarado que estas un millon seiscientas mil almas se repartiria como quisieran los plenipotenciarios austriacos, entre las fronteras de Inn y de Italia, lo cual quiere decir, supuesto que es preciso explicarse al fin, y los plenipotenciarios austriacos, quejándose de que no marcha la negociacion, se empeñan en no comprender nada, que S. M. se reduce á cuatrocientas mil almas en el Inn, cuando habia pedido ochocientas mil; que se contenta con un millon doscientos mil habitantes en la frontera de Italia, siendo así que antes pidió un millon cuatrocientos mil; y que esto forma una concesion de seiscientas mil

días desde que principiaron las negociaciones; la infantería estaba completa, descansada, y brillante cual nunca; se había remontado toda la caballería; tenía 500 piezas de artillería rodada, y

almas, independiente de la renuncia de las cuatrocientas mil de los círculos de Bohemia.

«Pidiendo cuatrocientos mil habitantes en el Inn en vez de ochocientos mil, vuelve á adquirir Austria la frontera del Ens, la del Traun, la ciudad de Lintz, y la mayor parte del Austria Alta; y pidiendo únicamente un millón doscientas mil almas por la parte de Italia, renuncia S. M. al círculo de Clagenfurth.

«He aquí lo que hubieran podido comprender fácilmente los plenipotenciarios austriacos, si trataran de allanar el camino de la negociacion y de arreglarse, en vez de enfadarnos y agriarnos. Los plenipotenciarios austriacos siempre están amenazando con que proseguirán las hostilidades, lenguaje nada pacífico: el porvenir probará, como ya lo ha probado la esperiencia mas de una vez, para quién será funesta la continuacion de la guerra. Jamás se ha visto desplegar en una negociacion menos destreza, espíritu conciliador y amenidad. No parece sino que los papeles están trocados. Los plenipotenciarios son los únicos que merecen la reconvencion de que no dan un paso, de que á todo ponen trabas, de que sin cesar echan en cara al plenipotenciario francés que no avanza, de que tienen siempre la férula levantada, y no se les cae la amenaza de la boca. Esto es lo que verá en los protocolos toda persona imparcial, y las naciones valientes lamentarán que se trate de este modo tan particular sus negocios.

«Solo resta ya á lo que abajo firma reiterar la proposicion hecha por S. M., el emperador su soberano, de ceder un millón seiscientos mil almas, segun se explica en la presente nota, y repetir es la intencion de S. M. que los plenipotenciarios austriacos tengan facultad para repartirlos entre las fronteras arriba mencionadas, como los parezca mas conveniente.»

otras 300 bien servidas en los muros de las plazas austriacas que ocupaba; habia reforzado el cuerpo de Junot en Sajonia; y queria agregarlo á Massena y Lefebvre en Bohemia, para formar en aquella provincia un cuerpo de ejército de ochenta mil hombres. Con los cuerpos de Davout y de Oudinot ámpliamente aumentados, la guardia, compuesta en la actualidad de veinte mil hombres, y el ejército de Italia, todo lo cual formaba unos ciento cincuenta mil hombres, se proponia desembocar por Presburgo, donde habia hecho grandes obras, entrar en Hungría, y dar allí el último golpe á la casa de Austria. Habia empleado los materiales de la isla de Lobau en crear cuatro trenes de puente para atravesar todos los rios que los austriacos dejasen entre unos y otros; y acabado de poner en estado de defensa á Passau, Lintz, Molck, Krems, Viena, Brünn, Raab, Gratz y Clagenfurth, con lo cual poseia una base formidable en el centro de la monarquía. Luego, aunque los ingleses solo tenían guarnicion en Walcheren, mandó se acabara de organizar el ejército de Flandes, reuniendo en divisiones las semi-brigadas que habia allí, completando los tiros de la artillería, y reduciendo los guardias nacionales á gente dispuesta á servir. En fin, habia dado un decreto para sacar de las conscripciones antiguas (recurso reciente que se proporcionó), treinta y seis mil hombres, última contribucion de sangre, los cuales debian ingresar en los cuartos batallones enviados á Francia. Esos treinta y seis mil conscriptos, de 21 á 25 años de edad, iban á procurarle una buena reserva si la guerra continuaba, ó si se firmaba la paz, á cubrir las bajas del ejército de España. Así mandó al ar-

chicanciller Cambaceres presentase inmediatamente al Senado este decreto para que se votase antes de poner fin á las negociaciones.

Al frente de esta fuerza respetable, aguardó la contestacion de Dotis, tan inclinado á la guerra como á la paz, á consecuencia de lo mal dispuesta que creia á la corte de Austria; y previendo proseguirian las hostilidades, fué á visitar ya en la parte de Hungría, ya en la de Stiria, posiciones que no habia visto aun, y que queria reconocer por sí mismo para en caso de que hubiera que dirigir operaciones ulteriores en aquellas comarcas.

Al presentarse de nuevo en Dotis Mr. de Bubna, conocieron que era preciso adoptar un partido, decidiéndose por la guerra ó por sacrificios conformes con las exigencias de Napoleon. El enfado que notaron en él, y que habia hecho recaer con bastante injusticia sobre la legacion de Altenburgo, la cual despues de todo, queria la paz, aunque habia desacreditado mucho las concesiones obtenidas por Mr. de Bubna, no permitia en manera alguna dejar en manos de Mrs. de Metternich y de Nugent la continuacion de las negociaciones. Ocurrióseles agregar á Mr. de Bubna el príncipe Juan de Liechtenstein, militar valiente, de poca cabeza, pero de mucho corazon, y que habia sabido agradar á Napoleon con su humor belicoso y franco. Enviaron, pues, los dos á Schœnbrunn por Altenburgo, con poder para consentir en las bases principales sentadas por Napoleon, pero encargándoles se resistieran á acceder á los sacrificios que exigia hácia la parte del Austria Alta, á las contribuciones de guerra cuyo pedido previan,

y en fin, á todos los pormenores del tratado, de modo que fuera lo menos desventajoso posible.

Como esa legacion enteramente militar reducía á la nulidad la legacion que quedaba en Altenburgo, no quiso Mr. de Metternich prolongar su estancia en un punto donde solo servirían los plenipotenciarios para disimular la negociacion verdadera que se efectuaría en Viena, y regresó á Dotis poco satisfecho del papel que Mr. de Stadion ó el emperador, le habian hecho ejecutar en aquella circunstancia. Pronto debia desquitarse, tomando para conservarla por espacio de cuarenta años, la direccion de los negocios del Austria. Por lo demas, previa que los militares, excelentes para resistir en un campo de batalla, pero muy poco hábiles en el terreno de una negociacion, no tardarian en ser vencidos por Napoleon; y en su consecuencia les advirtió se mantuvieran sobre aviso; pero mas bien consiguió de este modo asustarlos del papel que les esperaba, que ponerlos en guardia contra el ascendiente de Napoleon. Por otra parte, valía mucho mas para él que los militares que habian tenido la gloria de figurar en Essling y en Wagram (pues gloria era, hubiesen sucumbido ó salido vencedores en aquellas jornadas) cargasen con la responsabilidad de los crueles sacrificios que iban á verse obligados á hacer, aun despues de haberse batido con valentía. Así, viendo que asustado Mr. de Liechtenstein con sus prevencciones, casi vacilaba en marchar, Mr. de Metternich le animó á que persistiese, y á que se trasladase á Schœnbrunn.

El 27 de setiembre llegaron á aquel punto Mrs. de Liechtenstein y de Bubna, siendo perfec-

tamente acogidos por Napoleón, y colmados de todas clases de atenciones. Ya Mr. de Liechtenstein, sin pedir nada, había conseguido muestras lisonjeras de Napoleón, pues éste mandó se respetaran las posesiones que tenía en los alrededores de Viena, y que no se alojara en sus palacios de recreo ni un soldado. Los dos plenipotenciarios dejaron entrever á Napoleón que iban autorizados á aceptar sus principales condiciones, escepto ciertos pormenores sobre los que tenían encargo de resistir. Así, viendo era dueño de ellos, y que iba á acabar de una vez á costa de algunos pies cuadrados, algunos miles de habitantes y unos cuantos millones, quiso ahorrarse gastos inútiles, y mandó al ministro de la Guerra suspendiese todos los movimientos de tropas hácia Austria que habían empezado desde que no causaba inquietud la expedición de Walcheren (1).

El día 30, despues de haber llevado á los negociadores al teatro, y colmádoslos de atenciones, les obligó á encerrarse con él en su gabinete, y arregló las principales bases del tratado. Por la par-

(1) Citamos la carta siguiente, que revela muy bien las impresiones que esperimentó Napoleón al ver al príncipe Juan de Liechtenstein.

Al ministro de la Guerra.

«Schœnbrunn, 27 de setiembre de 1809

«Me apresuro á participaros que al fin parece ha adoptado mis bases la corte de Viena

«El príncipe Juan de Liechtenstein ha llegado aqui, y la paz puede firmarse dentro de pocos dias. Quiero que

de Italia estaban de acuerdo en que sería el círculo de Villach sin el de Clagenfurth (lo cual nos facilitaba el paso de los Alpes Noricos) y Laybach y la margen derecha del Sava hasta la Bosnia. Por la parte de Baviera, Napoleón había querido al principio por límite el Ens, y luego el Traun; pero renunció también en este lado á algunas porciones de territorio, y á unos cuantos miles de súbditos para facilitar la negociacion. Consintió en una línea tomada entre Passau y Lintz, que partía del Danubio en las cercanías de Efferding, que dejaba por consiguiente, un territorio alrededor de Lintz, que iba á parar á Schwanstadt, que abandonaba hácia este punto el territorio de Gmünd, y en fin, que volvía á enlazarse por el lado de Kammer-Sée con el país de Salzburgo que se cedia á Baviera. Por la parte de Bohemia se contentó con algunos terrenos enclavados en otros que Austria tenía en Sajonia, á las puertas de Dresde, y que no comprendían cincuenta mil almas de población. En suma, en vez de un millon seiscientos mil súbditos en Italia y en Austria que habían pedido por último, Napoleón no exijia mas que un millon cuatrocientos mil ó un millon quinientos mil.

esto permanezca oculto, y con tal fin solo os escribo á vos para que si hay tropas en marcha con destino al ejército, podais detenerlas, como, por ejemplo, la caballería que estaba en el Norte, y se dirigia hácia Hannover. Podeis dirigirla á París, como también la gente que existe en los depósitos, pues me propongo hacer que toda ella desfile hácia España, para acabar pronto por aquel lado.

«Si hubiese convoyes de balerio, pólvora, etc., detenedlos donde se hallen.

NAPOLÉON.

En Galicia era mas difícil la cuestion , como mas nueva , porque Napoleon habia retardado el esplicarse acerca de este punto á causa de la Rusia. Componíase la Galicia de la parte antigua que Austria obtuvo cuando se hizo la primera particion de las provincias polacas , la cual rodeaba todo el Norte de Hungría , y de la parte nueva obtenida en el último reparto , la cual bajaba por las dos orillas del Vistula hasta las puertas de Varsovia. Esta comprendia por un lado el territorio que existe entre el Bug y el Vístula , y por el otro el que hay entre este último rio y el Pilica. Napoleon habia querido que le cedieran por una parte toda la Nueva Galicia para redondear el gran ducado de Varsovia , y ademas dos círculos alrededor de Cracovia para formar un territorio á esta antigua metrópoli , y por otra parte tres círculos , los de Solkiew , Lemberg y Zloczow , hácia el lado de Oriente , para que regalándoselo á Rusia , se consolase del engrandecimiento del gran ducado de Varsovia. Era este un sacrificio de dos millones cuatrocientas mil almas , de los cuatro millones ochocientas mil que componian las dos Galicias reunidas. En este punto tambien abandonó Napoleon cuatrocientas ó quinientas mil almas de poblacion para facilitar el arreglo , y noexigió sino la Nueva Galicia desde el Vistula hasta el Pilica á la izquierda , y desde el Vistula al Bug á la derecha , y ademas el círculo de Zamose , con menos terreno en derredor de Cracovia , pero con un territorio que aseguraba á los polacos la posesion de las minas de sal de Wieliczka. En fin , renunció al círculo de Lemberg , y se contentó con destinar para Rusia los círculos de Solkiew y de Zloczow , lo cual reducía

la totalidad de sus pretensiones en Galicia á cerca de un millon novecientas mil almas.

Puede decirse que sobre estas bases estaban de acuerdo; pero quedaban por arreglar dos puntos de gran importancia ; la reduccion del ejército austriaco , y la contribucion de guerra con que quería indemnizarse Napoleon de los gastos hechos. Prusia se habia obligado en un tratado secreto á no tener sobre las armas arriba de cuarenta mil hombres , y á pagar una contribucion enorme , y Napoleon queria obligar del mismo modo al Austria , no á reducir el número de tropas á cuarenta mil hombres , sino á disminuir en mucho su ejército , y pagar parte del costo de la guerra. Tratóse de estos objetos de viva voz , y nada se escribió sobre ello , porque en semejante debate estaban comprometidos en gran manera el honor y el interés rentístico de Austria. Napoleon pretendia que esta potencia se redujera en lo sucesivo á ciento cincuenta mil hombres , y que abonase cien millones en pago de los doscientos de contribuciones de guerra , de los cuales solo habia percibido unos cincuenta. Los dos negociadores consentian en reducir el ejército austriaco á ciento cincuenta mil hombres , porque el estado de la hacienda no permitia absolutamente sostener mas , pero necesitaban tiempo , pues sin él semejante sujecion se convertia en un vasallage insufrible. Para dar á esta condicion un sentido menos humillante , se convino en que Austria no estaria obligada á limitarse al número de tropas referido sino durante la guerra marítima , á fin de que á la Inglaterra no le quedase en el continente ningun aliado.

Por último , Napoleon consintió en evacuar sin

demora los países conquistados, y en dejar de percibir parte de las contribuciones no solventadas, pero pidió se le dieran cien millones en un breve plazo. Sobre este punto no podían ensancharse los dos negociadores austriacos, de suerte que después de una discusión que duró algunas horas, se separaron sin haberse puesto de acuerdo, si bien conviniendo en que iría á Dotis Mr. de Bubna para allanar las últimas dificultades.

Aunque se creyó al principio se acabaría el arreglo en tres ó cuatro días, hasta el 6 de octubre se llevaron disputando con el mapa en la mano sobre ciertos ámbitos de territorio, sobre si debía tomarse de aquí ó de allí unos cuantos miles de súbditos, y principalmente sobre los millones que pedía Napoleón. La contribución mas que nada presentaba una dificultad insuperable, al parecer, y habiendo empezado otra vez Napoleón á perder la paciencia, dejó á Mr. de Champagny un ultimatum formal, que no consentía mas tergiversaciones. Aun era propicia la estación, y habia en Stiria ciertas posiciones que deseaba volver á ver, llevado de ese instinto que le inducía á examinar por sus propios ojos los sitios á que podría llevarle algun día la guerra. Resolvió, pues, ir á visitarlas, en la inteligencia de que cuando regresara á Viena hallaría decidida la paz ó la guerra; pero una ú otra de un modo positivo que no admitiese duda. Sin embargo, mas bien queria intimidar que venir á un rompimiento, pues de seguro no hubiera vuelto á principiar la guerra por las diferencias que le separaban de los austriacos, aunque la contribución le interesaba, porque su hacienda habia menester de un auxilio extraño é inmediato.

Los dos negociadores austriacos recurrieron á Dotis, y en ese postrer momento se vaciló mucho en torno del emperador Francisco antes de resignarse á semejantes sacrificios. Perder en Italia la frontera de los Alpes, y en Austria la del Inn, engrandecer con el abandono de la Galicia el granducado de Varsovia, gérmen de una nueva Polonia, perder de este modo tres millones quinientos mil súbditos, pagar cien millones, además de los cincuenta ya satisfechos, sufrir por último, la humillación de que se pusiera límite al número de soldados del ejército austriaco, era un castigo cruel de la última guerra. Consultaron entre si sobre si no podría esperarse alguna otra batalla como la de Essling, y sobre todo, algun socorro de parte de una potencia de Europa; pero por un lado todos los militares opinaban de comun acuerdo era imposible resistir, y por otro llegaban noticias muy fatales de toda Europa. España, á pesar de la jactancia de sus generales, estaba vencida, á lo menos por el pronto (1), de lo cual podia persuadirse todo el que leyera las cartas de sir Arturo Wellesley. Inglaterra acababa de perder en Walcheren la mitad de su mejor ejército, y esa expedición habia venido á ser en ella una verdadera manzana de discordia arrojada á todos los partidos. Prusia temblaba con motivo de la imprudencia cometida por

(1) No tardó en demostrar la experiencia que unos y otros se equivocaban, como lo prueba los combates que nuestras tropas se atrevieron á dar, entre ellos el desgraciadísimo de Ocaña. Un pueblo que pelea no está vencido ni aun momentáneamente.

(N. del T.)

el mayor Schill. Rusia era la única que estaba en pie, poco satisfecha del papel bastante brillante que los polacos habían hecho en aquella guerra, y del engrandecimiento que iba á valerles su conducta; pero enredada en los lazos de la alianza francesa, no pudiendo dar otra vez como en Tilsit, el ejemplo de un cambio político ejecutado en veinte y cuatro horas, habiendo ganado la Finlandia con esa alianza, y esperando ganar la Moldavia y la Valaquia, no queria separarse de la amistad de Napoleon para pasarse al emperador Francisco; y como la continuacion de la guerra debia ponerla en el mayor apuro, puesto que, empezadas de nuevo las hostilidades, tendria que romper con los franceses, ó caminar con ellos, acababa de esplicarse en Dotis de un modo categórico, declarando que si se prolongaba la guerra, obraria resueltamente á favor de Napoleon. Se espresó asi para hacer que cesara con mas certeza la guerra entre Francia y Austria; y efectivamente lo consiguió, pues agobiado el emperador Francisco con este conjunto de circunstancias, cedió al fin, autorizando á Mrs. de Liechtenstein y de Bubna á que consintiesen en los sacrificios exigidos, excepto, no obstante, la cantidad reclamada como indemnizacion, sobre la cual recibieron orden los negociadores de insistir todavía, á fin de obtener una nueva reduccion. A lo mas estaban autorizados á suscribir á cincuenta millones, en vez de los cien que pedia Napoleon.

El 10 de octubre se abocaron con Mr. de Champigny, y se mostraron muy afligidos de las exigencias de Napoleon respecto á la contribucion de guerra, únicas á que no podian acceder, á causa

del estado deplorable en que se hallaba la hacienda austriaca. Nada se dijo ni de una ni de otra parte que pudiera significar un rompimiento, empleando al contrario los tres dias siguientes en tocar y retocar los articulos del tratado. El 13 en la noche se valió Napoleon de todo su ascendiente sobre Mrs. de Bubna y de Liechtenstein, y les indujo á aceptar que la contribucion de guerra fuese de ochenta y cinco millones, sin contar lo ya percibido de los doscientos millones impuestos al dia siguiente de la batalla de Wagram. El príncipe Juan, que era el personage mas elevado de la corte de Austria, tomó sobre sí el salirse de las instrucciones que tenia, para libertar á su pais del desastre de una nueva campaña; ademas de que su valor heroico le autorizaba á inclinarse abiertamente en favor de la paz. Para decidirle le repitió Napoleon que ese tratado no era mas que un proyecto sometido á la ratificacion de su soberano, y que á éste le quedaba el recurso de no ratificarlo si no le convenian las condiciones. Al fin el 14 de octubre por la mañana, Mr. de Liechtenstein firmó con Mr. de Champigny el tratado de paz, llamado tratado de Viena, el cuarto desde 1792, y destinado por desgracia nuestra á no durar mas tiempo que los otros. La paz era comun á todos los aliados de Francia, y Austria cedia cuanto se ha referido antes: en Italia, el círculo de Villach, la Carniola y la márgen derecha del Sava hasta la frontera turca; en Baviera, el Innwiertel, con una línea desde Effersding hasta el pais de Salzburgo; en Polonia, la Nueva Gallicia con el círculo de Zamosc para el gran ducado, y ademas los dos círculos de Solkiew y de Zloczow para la Rusia. Los articulos secretos